

LA MUJER Y EL VARON CARA A CARA

El Problema de la Diferencia

Rvdo. Padre Abelardo Lobato O.P.

INTRODUCCIÓN

El Problema de la Mujer en el año 1995

El ser humano tiene muchos interrogantes abiertos, en espera de respuesta y entre ellos, los más inquietantes son los que se refieren a la propia comprensión. Todavía el hombre se pierde en su propio laberinto. Llevado por un cierto instinto connatural, desde la presencia que tiene de sí mismo, responde con certeza sobre su existencia, pero se siente incapaz de abarcar su ser y su sentido. El horizonte es más amplio que el alcance de su mirada. El hombre es enigma para sí mismo, un gran abismo, decía Agustín. El salmo 8 es una ayuda para plantear el problema ante Dios: *Señor, dueño nuestro, qué es el hombre?*

A partir de Sócrates cada época ha preferido un modo de plantearse la cuestión, antropológica, que se hizo central en el Iluminismo. Es más fácil preguntar que responder, aunque la pregunta lleva ya un cierto conocimiento y una solución implícita. Kant no acertó con la respuesta en su incipiente antropología en sentido pragmático, ni la podía dar. Pedía demasiado al hombre cuando le exigía que ocupase el puesto del ser. Nuestro tiempo sigue interesado por el ser humano, pero desde nuevas perspectivas. Una de ellas es la búsqueda de lo humano a través de la diferencia entre varón y mujer. Es la mujer la que exige una respuesta clara a su situación. Lo peculiar de nuestra hora es la emergencia de lo femenino en el horizonte de lo humano. No se trata de que alguna mujer tenga ya parte activa en la economía, la política, la cultura, que de hecho eran espacios reservados al

varón, sino de que la mujer en cuanto tal denuncie de modo implacable lo insoportable de la situación en que se encuentra y exige como un derecho participar de inmediato y sin reservas en los ámbitos del poder, del tener y saber al mismo nivel que el varón. Es una exigencia basada en la igualdad humana y en los derechos proclamados para toda persona. La mujer se enfrenta al varón al que acusa de ser usurpador y opresor y reclama un puesto que le pertenece por su misma condición humana.

De este modo la cuestión de la mujer se convierte de soslayo en la cuestión antropológica, se centra en la esencia de lo humano, en la misma condición unidual, en la raíz ontológica de la identidad y la diferencia entre los dos sexos de la misma especie. Porque en efecto, el ser humano es un ser sexuado. Se nace varón o mujer. Pero, ¿qué significa esta dato biológico, cuando se plantea a nivel ontológico? La cuestión no es de hoy, pero tiene carácter de urgencia.

El año 1995 ha sido proclamado a diversos niveles, *año de la mujer*. Se pretende con ello abrir un espacio de reflexión para tratar de resolver el problema a nivel universal. Se propicia el estudio del tema y el problema de llamado *feminismo*. A nadie puede perturbar el análisis de un problema que afecta a la mitad de la humanidad. Todas las mujeres están interesadas de algún modo en esa cuestión que les afecta de lleno, y todos los hombres deben reconocer que tienen algo que ver con ellas. La frase de Terencio, tan del gusto de Unamuno, sigue proclamando una verdad: *Homo sum, nihil humanum a me alienum puto*. El problema femenino hunde sus raíces en lo humano del hombre, en su misma esencia. Tratar de aclararlo y darle solución es contribuir a la propia. El problema de la diferencia es un verdadero problema, que parte de la situación y toca los principios. La solución del problema llama en causa su contrario, el de la identidad. Lo nuevo de esta problemática, que en realidad es de ayer y de siempre, es que ya no sean solo los hombres los llamados a escribir libros y preguntarse sobre la mujer, sino que sean las mujeres las que proponen la cuestión y ofrecen sus respuestas. Es cierto que nadie es buen juez en propia causa, pero también lo es que acerca de los problemas que le afectan a uno mismo, el propio sujeto sabe más que los jueces que lo interrogan. En este caso la mujer es juez y parte. Por ello estamos inmersos en el problema y en el laberinto. Pero ya Heidegger nos advertía que un problema nunca lo es del todo si el mismo que lo plantea no está comprometido con él.

El hombre logra su autocomprensión más plena desde una perspectiva que lo sobrepasa, en realidad esto le acontece ante Dios. Por ello cuando trata de dar razón de sí mismo, recurre a la revelación que lo describe en su origen divino y en su condición unidual: "Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra" (Gen. 1,27). Esas palabras dan cuenta de su alta dignidad, de la realidad dual de los sexos. El relato del evento originario se completa en el c. 2 con la versión más arcaica, según la cual Dios crea al hombre de la arcilla, le da vida con el soplo de su boca y le prepara un jardín a su medida. Pero el hombre está solo y eso no es bueno. Como remedio de esta soledad, Dios crea la mujer y se la presenta al hombre, quien la reconoce como carne de su carne. El v. 18 refiere el proyecto de Dios al crear la mujer y nos da la primera definición de la mujer. En hebreo suenan así: *ezser kenegdo*: una ayuda para él. No es fácil traducir estas dos palabras. La traducción es ya una interpretación de la realidad. La Vulgata de San Jerónimo las tradujo al latín "adjutorium simile sibi" una ayuda semejante a él. En cambio, Edith Stein, siguiendo una pista judía, prefiere traducirlas: "un ser frente a él". "Ser-varón" y "ser-mujer" se encuentran frente a frente, cara a cara, ambos proceden de Dios y ambos están referidos mutuamente. El uno es para el otro, pero es distinto del otro. La igualdad funda la diferencia. Las dos traducciones nos dan ya dos lecturas divergentes, dos interpretaciones de la relación varón/mujer.

La primera versión atiende a la naturaleza, la segunda pone de relieve la persona. La mujer es creada para ser una ayuda del varón, porque solo ella le brinda lo que ningún varón puede darle, ser madre de sus hijos. La mujer coopera con el hombre desde su rol de madre por naturaleza. En cambio, si la mujer está puesta por Dios como ser personal "frente al varón", "cara a cara", la existencia humana en la sociedad familiar, tiene que ser coexistencia y conveniente. El ser humano es sexuado, tiene condición dual, es diferente para que desarrolle su ser en el ejercicio de las relaciones interpersonales, en igualdad de la condición humana y en la diferencia de la naturaleza y la persona.

El hombre ha descubierto progresivamente su condición de sujeto, de ser personal. Ha sido decisiva la revelación cristiana para conocer que el hombre está llamado a vivir personalmente ante Dios y dar razón de su libertad (Gal, 5,13.). Y han sido necesarios siglos de historia y de ejercicios de la libertad para que el ser humano sea capaz de dar no solo una respuesta teórica a la

pregunta por sí mismo, sino para que comience en la realidad existencial el camino de la propia liberación. Desde las alturas de nuestro tiempo, hacia atrás, podemos ver alguna de estas etapas ya concluidas y sin posible retorno. El hombre se ha ido liberando de la sumisión total a la naturaleza física, al destino ciego, a la necesidad fatal. Ha sido capaz de desatar las cadenas de la esclavitud que era la condición normal de la mayor parte de la humanidad bajo el régimen de los grandes imperios. Más tarde ha superado el concepto naturalista de las razas, aunque no acaba de superar la xenofobia y de tener por "bárbaros" a los que no son como él. Ya no se toleran señores que traten como cosas a sus obreros. El hombre hoy reclama por doquier su dignidad de persona. Esta palabra es clave para nuestro momento cultural. La persona incluye la dignidad, la totalidad, la autonomía y la capacidad de las relaciones interpersonales en nivel de paridad. La conciencia de esta nueva etapa cultural queda reflejada en la Declaración Universal de los Derechos humanos, proclamada por la ONU, como ideal de la postguerra en 1948. En este panorama de emergencia de lo humano, en sucesivas etapas y con muchas dificultades, casi siempre a costa de la violencia y de la lucha, hay que situar la emergencia de la mujer y el problema del feminismo actual. Es un signo de los tiempos. Es un camino de humanización.

El feminismo es uno de los modos actuales de proponer el problema del hombre. Es el problema de la diferencia de los sexos, del abuso del dominio y la opresión del varón sobre la mujer en el pasado. El problema tiene su punto de partida en la sexualidad humana, que es la diferencia más patente, pero la trasciende. "La diferencia sexual representa no solo una cuestión más sino la cuestión radical de nuestra época"¹. Esta es una de las cuestiones que en la expresión de Ricoeur "dan que pensar". El feminismo quiere ser la nueva conciencia de la mujer. Lleva consigo una doble función. Por un lado se hace crítico de la situación opresiva en que se encuentra la mujer, por otro lado se plantea como utopía de futuro. La mujer siente y confiesa que se encuentra en situación de exilio, en tierra extraña, bajo una cierta opresión y explotación por parte del varón, como se comprueba en las dimensiones sociales, en la desigualdad real de ambos en la vida de la ciudad. La mujer no participa en la misma medida que el varón en uso de los derechos y poderes, en los espacios del

¹ LUCE IRIGARAY, *Etique de la différence sexuelle*, Paris, Minuit, 1984, p.14.

saber y del ejercicio de la libertad. La exclusión le viene solo por su condición de mujer.

Frente a esta situación el feminismo denuncia, con tono profético, la injusticia. Al mismo tiempo prepara el futuro utópico y de autonomía. Hay todo un clamor por la liberación, la emancipación y la promoción de la mujer. La *par destruens* del feminismo es concorde tiene una sola voz profética, en cambio la *pars construens* aún es más algarabía que sintonía. Las utopías de futuro se diversifican conforme a las matrices políticas de los feminismos. No todos los movimientos feministas plantean la cuestión de la diferencia en el mismo sentido. El feminismo oscila entre la opción por el ser o por el tener. Se proponen metas y conquistas sociales, pero el problema de fondo es de las diferencias reales en el ser. En el mundo anglosajón se tiende a dejar e concepto de "sexo", por sus connotaciones biológicas y se recurre al concepto de "genero" femenino.

En el fondo el problema real del feminismo es el de la "diferencia", un problema antropológico, análogo al problema ontológico que Heidegger planteaba en la filosofía postplatónica que ha cambiado el lugar de la verdad y que olvida la diferencia entre el ser y los entes². El problema de la diferencia en el ser humano, entre varón/mujer, es real, es del orden del ser, tiene raíces ontológicas, y tiene manifestaciones en todas las áreas de lo humano. Es normal que sea más perceptible en las dimensiones exteriores, que se ofrecen a los sentidos. La dimensión económica, social, política y cultural de la vida humana esta a la vista. Pero la solución al problema de la diferencia entre el varón y la mujer, donde está la raíz del feminismo, no puede tener solución solo desde estos niveles. Hay que adoptar el método de la filosofía, que en expresión de Hegel es "mirar el mundo al revés", no desde fuera hacia adentro, sino desde dentro hacia fuera, desde las cosas más claras en sí mismas hacia las que son más adecuadas a nuestra condición sensible, como ya advertía Aristóteles³.

No es fácil lograr esa perspectiva. El sendero de la metafísica es escarpado, difícil. Nuestra cultura lo ha hecho casi inaccesible. Pero es tan necesario que sin él nos quedamos en la periferia de la realidad y andamos vagando, por senderos que no

² M. HEIDEGGER, Introducción a la metafísica, Buenos Aires. Ed. Nova, 1972 p. 153 s

³ Cfr. ARISTOTELES, II Met. 1 993 b 99-11.

llevan a ninguna parte. En la solución a un problema humano como es de la diferencia entre varón/mujer es preciso arriesgarse hacia lo profundo del hombre y pedir auxilio a la filosofía primera. Buscando una cierta orientación en la solución al problema de la diferencia de la mujer, que no debe ser absorbida por el varón ni tiene porque pretender ser como él, es conveniente recorrer las tres etapas de un mismo itinerario: partir del hecho de la nueva conciencia de la humanidad sobre la mujer ya vigente en esta segunda mitad del siglo, indagar en la segunda etapa de las raíces de la alteridad a nivel ontológico, y proponer en la tercera las líneas programáticas de un sano feminismo capaz de realizar la soñada promoción de la mujer. Vamos del hecho a las causas y de estas al programa de actuación en pro del feminismo.

I. La nueva conciencia sobre la mujer

En la actualidad el problema de la mujer es el campo de Agramante donde se disputa la cuestión del ser humano. Podemos ver la emergencia del problema de la mujer en la conciencia contemporánea desde dos perspectivas diferentes, una socio-política, personificada en los documentos de la ONU: otra humanístico-cristiana que se refleja en los documentos de la Iglesia. Ambas líneas a veces corren paralelas, a veces se tornan coincidentes, a veces entran en agudos conflictos al tratar de dar solución a problemas concretos. La dialéctica de la diferencia es una constante del problema de la mujer.

1.1 *La mujer desde la perspectiva de los derechos humanos.*

La conciencia cívica del hombre tiene sus mejores expresiones en los documentos de la ONU. En 1946 fue creada la Comisión Internacional de la condición de la mujer, encargada de vigilar y de promover los derechos de la mujer. El primer paso en este sentido hay que verlo realizado en la Declaración universal del 10 de diciembre de 1948, basado en la dignidad de toda persona humana, y con referencia expresa a la mujer, su libertad para contraer matrimonio, a su derecho a ser atendida en la maternidad y con la condena de toda discriminación por razón de sexo. Este documento, a pesar de sus limitaciones "es una piedra milenaria colocada en el largo y difícil camino del género

humano", como dijo Juan Pablo II el 2 de octubre de 1979. A partir de ahí se distinguen tres etapas de un mismo camino que va adelante y hacia arriba.

La primera etapa comprende desde 1946 a 1975. En ella se han producido documentos importantes; en 1952 la *Convención sobre los derechos políticos de la mujer* como el derecho al voto y el acceso a los cargos públicos; en 1957 la *Convención sobre la nacionalidad de la mujer casada*, donde se exige que la mujer exprese su consentimiento para el matrimonio y no pierda su nacionalidad para tener sólo la de su marido. En 1967 *La Declaración sobre la discriminación de la mujer* en la que se prohíbe cualquier forma de discriminación y de marginación en la vida social. En 1975 la Comisión decidió dedicar el año a la mujer con el objeto de crear una conciencia mundial de su dignidad de ser personal. El año concluyó con la Conferencia de México en la que se hizo una Declaración sobre los principios de igualdad y se adoptaron medidas para la promoción social y jurídica de la mujer. Para que no fuera solo papel mojado se fijó un decenio de vigencia y vigilancia sobre estas medidas.

La segunda etapa comprende el decenio 1975-1985. Lo más saliente en esta etapa es la *Convención contra la discriminación de la mujer*. Es un documento valioso, que consta de un preámbulo y 30 artículos como la Declaración universal. Del art-1 al 16 se proponen medidas concretas contra la discriminación, los restantes exponen los procedimientos para su aplicación. Se entiende por discriminación "toda distinción, exclusión o restricción basada en el sexo que tenga por objeto o resultado menoscabar o anular el reconocimiento, goce o ejercicio de los derechos humanos de la mujer y de las libertades fundamentales en todas las esferas de la vida social" (art. 1). Hay medidas políticas para abolir las leyes discriminatorias, prohibir todas las formas de trata de mujeres y de prostitución, hay otras educativas, económicas, familiares. Se tiende a hacer efectivamente la igualdad de los derechos. Esta Convención entró en vigor en 1982. Un Comité de expertos vigila sobre su aplicación. Ellos constatan que la realidad es todavía muy distinta de la que ofrece ese marco de la Convención: persisten en *apartheid*, la mentalidad discriminatoria en el mundo islámico, la situación marginal de la mujer en situación de emigrante, la cruda realidad de las culturas africanas, el escaso nivel de participación de la mujer en la vida pública, el desinterés de los varones en llevar a cabo reformas requeridas, la pasividad de las mismas mujeres. Al final del

decenio hubo una conferencia en Nairobi. En el informe se habla de las conquistas obtenidas. "El camino que va de la feminización de la pobreza al reconocimiento de un poder real de la mujer es largo y penoso, pero las mujeres todas juntas y dándose la mano, ya han comenzado a recorrerlo".

La tercera etapa se extiende de 1985 hasta el 2000. El camino prosigue con ritmo acelerado.

El 1986 se reunió en Viena la Comisión de la condición femenina. Se trató de la situación de la mujer en las zonas de persistente marginación, de la aportación de la mujer a la vida social, a la promoción humana. La Conferencia de la ONU en el Cairo en 1994 volvió a ocuparse de la mujer en el problema de la demografía. En 1995 se presta atención especial a la mujer y a su rol en la vida de los pueblos para la promoción de la paz y la justicia. La conferencia de septiembre de este año 1995 vuelve sobre los problemas mundiales y la mujer ocupa un lugar preferente.

Quizás la gestión más significativa en la actualidad la constituye el proyecto del Consejo de Europa de hacer efectivos los derechos de la mujer en los países de la Convención. La asamblea parlamentaria ha hecho en el mes de abril una recomendación, la N^o 1269, relativa a un progreso tangible de los derechos de las mujeres a partir de 1995. Se trata de la conquista de la igualdad de los derechos de *iure et de facto* con la inclusión de un derecho fundamental independiente y autónomo garantizado por un protocolo añadido a la convención. Se constata la desigualdad en todos los niveles, en la participación en la vida pública, en los salarios, en la segregación y en la violencia sexual de que es objeto la mujer. Diversos organismos de la Convención trabajan en la elaboración del protocolo. La igualdad ante la ley no pretende desconocer la diferencia de sexos y de los roles de cada uno, sino garantizar en la práctica la superación de toda discriminación por razón de sexo.

Entre las motivaciones de ese protocolo se dice que los derechos han sido proclamados por los hombres, desde la Revolución francesa, pero en la práctica han sido negados a las mujeres. Se confía en que la conciencia de los pueblos alcance una madurez suficiente para superar toda discriminación en este lapso que resta hasta el año 2000. Para ellos se crean nuevos instrumentos de promoción. Se puede constatar la diferencia entre

esta nueva conciencia cívica de final de siglo en relación con el problema de la mujer comparándola con el Código Civil de 1804, fruto de la ideología de la revolución francesa. Sobre la base del concepto de persona, la mujer logra situarse frente al varón, en su identidad y en su diferencia, con su autonomía y sus derechos⁴.

1.2 *La mujer y la conciencia cristiana actual.*

En este mismo período de la segunda mitad del siglo XX se produce una conciencia análoga en el pensamiento cristiano y en la Iglesia católica. La suscitan movimientos de base, como en la sociedad, hay feminismos en la marcha en los diversos países, y la promueven sobretudo ejemplares de vida femenina extraordinaria. Con el Papa León XIII se abrió paso la conciencia social en la Iglesia. El Prof. F. Biffi descubría las cinco etapas por las que fue pasando esta nueva conciencia en el proceso de abrirse al diálogo con la sociedad moderna: aceptar la doble dimensión del sujeto humano, personal y social; reconocer el estado de derecho, abrirse a la democracia, respecto a la organización social libre, reconocer el régimen político no confesional, y admitir la pluralidad de partidos⁵. Todo ello afecta a la situación de la mujer y a sus derechos en la sociedad y en la Iglesia.

La promoción de la mujer como ser personal frente al varón comienza con Pio XII. Fue el primero que proclamó la igualdad esencial entre varón y mujer, el que exhortó a acoger sin restricciones el programa de promoción de la mujer. Estas insinuaciones encontraron plena acogida en el corazón amplio y paternal de Juan XXIII. El tuvo la capacidad de intuir los "signos de los tiempos". Uno de esos signos, ya legible era la participación responsable de la mujer en la vida social. Lo indicaba en su última Encíclica *Pacem in terris*: "Una segunda constatación se impone a todo observador: la entrada de la mujer en la vida pública, un hecho reconocido universalmente. Cada vez más

⁴ En el Código de Napoleón se lee: "La mujer se ha dado al hombre para que tenga hijos. Ella es pues propiedad suya". En vano clamaron las primeras feministas como Olimpia de Gouges en su *Memoria para el sexo femenino contra el sexo masculino, o Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*, en 1792, o la *Defensa de los derechos de la mujer* de la inglesa Mary Wollstonecraft. Cfr. Elisa RAMÍREZ, *Romanticismo y mujer. La liberación de la mujer*, en "Verbo", 1994, pp. 1127-1139.

⁵ Cfr. F. BIFFI, *Il magistero dei Papi*, en "Seminarium" 23, 1983, pp. 346 - 369.

consciente de su dignidad, la mujer ya no tolera ser tratada como objeto, sino que exige que se le trate como persona tanto en el hogar como en la vida pública”.

El Concilio tuvo en cuenta esta presencia de la mujer y su condición persona en la sociedad y en el pueblo de Dios que es la Iglesia. Las mujeres deben ser atendidas en su reclamación de igualdad, en sus reivindicaciones de los derechos humanos. En este sentido la conciencia de la Iglesia en relación con la nueva situación de la mujer quedó expresada en el Concilio.

La igualdad de las personas no impide la diferencia complementaria de lo masculino y lo femenino. El Sínodo último de los Obispos, celebrado en el mes de octubre de 1994, ha conservado esta inquietud doctrinal y práctica por la promoción de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. En los documentos sinodales se insiste con acento profético en la promoción de la mujer, de modo especial a la mujer consagrada, para que pueda desarrollar sus dotes femeninas como un signo de la presencia de Dios en el mundo, se pide para ellas mayor participación en los centros decisionales de la Iglesia. Para que puedan prestar nuevos servicios deben estar formadas de modo adecuado a la misión que van a desempeñar. La Iglesia alza su voz contra las discriminaciones y violencia de la sociedad actual que atropella los derechos de la mujer, como persona, en la familia y en la sociedad. Exalta las dotes de la mujer como educadora y promotora de la paz, defiende su participación en la vida pública, su colaboración en el trabajo, en conformidad con su naturaleza femenina y con su vocación a la maternidad y a la virginidad. En la Conferencia del Cairo del pasado año hizo oír su voz en todos los ámbitos del globo. La ha seguido proclamando en las Encíclicas *Evangelium vitae*, y ya la ha anticipado para la conferencia del Cairo.

La Iglesia se compromete con la defensa y promoción de la mujer. El punto de fricción un tanto estridente con los feminismos actuales es la cuestión del sacerdocio de la mujer. La Iglesia católica mantiene firme su posición doctrinal de no poder otorgar el sacramento del orden a la mujer, porque Jesucristo no lo hizo, la tradición ha mantenido fielmente esa praxis, y el simbolismo del sacerdocio lo exige. La naturaleza divina de la Iglesia es la que sitúa a la mujer en una posición singular en relación con el

^o JUAN XXIII, *Pacem in terris*, AAS, 55, 1963, p.267.

sacerdocio. Si la mujer no recibe válidamente las órdenes sagradas (c. 1024), no es por una discriminación, sino por disposición del mismo Jesucristo. Único autor de los sacramentos.

También se puede constatar el viraje de la conciencia eclesial en torno a la mujer en esta segunda mitad del siglo XX. Con esta nueva actitud de la Iglesia ante la mujer se alivia del peso de la acusación de haber mantenido en el pasado un cierto antifeminismo, quizá heredado de la sinagoga⁷. Se respiran aires nuevos. La Iglesia que reconoce que su primer camino y principal es el hombre, no puede dejar de lado la dignidad de la mujer. Lo nuevo de verdad es la conciencia de la dignidad y del plan de Dios sobre la mujer. Lo nuevo de verdad es la conciencia de la dignidad y del plan de Dios sobre la mujer en la sociedad y en la Iglesia. La puesta en marcha de esa nueva conciencia y de ese plan está ya en sus primeros pasos. Se trata también aquí de la mujer frente al varón, en su condición de ser personal, inteligente y libre, llamado al desarrollo connatural de las relaciones interpersonales, de situar la mujer y el varón frente a frente y no enfrentado, más bien como personas mirándose a la cara y dialogando.

Los dos caminos, el de la conciencia socio-política, y el de la conciencia humanístico cristiana confluyen en la misma encrucijada: en la denuncia de las opresiones y de la marginación, y en la promoción de la dignidad y la participación de la mujer en la vida de la sociedad y de la Iglesia, desde el desarrollo de sus dotes diferentes.

II. La alteridad mujer/varón

Este hecho, patente a la conciencia actual, invita a una penetración en el problema de situar la mujer en su puesto de reciprocidad frente al varón. Para dar una adecuada dirección a este hecho de emergencia de la mujer, de suyo positivo, es preciso tener presente la meta y asentar mejor los fundamentos. La historia ya ofrece numerosos ejemplos de desvíos que sirven de amonestación en esta hora. Para la solución del problema hay que atender al ser más que al tener, y a la totalidad que a las diversas

⁷ Cfr. J.M. Aubert, *L'exil féminin. Antiféminisme et christianisme*, Cerf, 1988.

dimensiones de lo humano. El peligro de desvío del feminismo está en estas disyuntivas. Porque en realidad se suele partir del tener, de la participación en el poder, en la economía y en el saber, y se olvida la fundamentación en la verdad del ser. Se recurre a una sola dimensión, a la biológica, al sexo, con olvido de la totalidad y de la dignidad del ser personal. La diferencia femenina del "ser mujer" requiere una fundamentación a nivel ontológico. El hecho del feminismo nos remite al problema de la raíz de la diferencia. ¿Cómo es posible la alteridad, situar frente a frente a la mujer y al varón? ¿Cómo es posible salvar la unidad de lo humano en el ser y la alteridad real en "ser mujer" y "ser varón"? El problema del ser humano apela al problema del ser, la antropología llama en causa la metantropología⁵.

También aquí "un abismo llama a otro abismo", porque el problema de la alteridad es un "nudo gordiano" en la filosofía. El problema está presente desde el principio, pero no lo está la solución. En realidad se trata de un problema radical, que de un modo o de otro se presenta a lo largo y ancho del ejercicio del filosofar y de dar razón de las cosas. Los antiguos lo presentaban como el problema de *lo uno los muchos*. El *Parménides* de Platón ofrece una aguda y sugestiva presentación del problema⁶. A lo largo de 25 siglos de filosofar en Occidente, el problema sigue presente, y las soluciones al mismo oscilan pendularmente hacia los extremos: o bien la unidad absorbe la pluralidad y ésta es solo aparente, o bien la multitud es un dato irreductible. Quien ha seguido la marcha del pensamiento personifica esa tendencia unificante en los grandes pensadores de la unidad, una serie que va desde el venerable Parménides hasta el moderno Hegel, y enlaza tantos de los "grandes": Plotino, Scoto Eriugena, Spinoza, Eckhart, hasta Severino, por nombrar solo a los grandes que habitan en montañas vecinas.

La otra serie no es menos constante. Se abre con Heráclito y se prolonga hasta los pensadores de la posmodernidad. Estos vienen siempre en plural: escépticos, nominalistas. Se contentan con el fragmento, lo provisorio, el fenómeno. Esta tendencia y tensión hacia los extremos no se da sólo entre el pensar y ser, entre el todo y la nada, sino que se traduce pronto en la realidad

⁵ Cfr. A. LOBATO, *Antropología y metantropología*. Los caminos de acceso al hombre, en AA.VV. "Antropoloia e Cristologia ieri e oggi", Roma, SITA, 1987, pp. 5-41.

⁶ PLATON. *Parménides*, 247-251.

humana, en la cual viven hombres y mujeres. La versión política de los pensadores de la unidad, la encontramos en los regímenes totalitarios, que se dan a nivel de imperios, de tiranías, de dictaduras, y van desde las grandes regiones a las pequeñas familias, a todos los espacios donde viven frente a frente hombres y mujeres. El mundo antiguo y medieval fue el más propicio a este estilo de convivencia humana, en la unidad absorbente. En el Siglo XX no han faltado botones de muestra de ese sueño dorado de los dictadores, someter a todos a su voluntad, tener a su pueblo en un puño. El imperio romano era uno de los más humanos, y no tenía empacho en expresar su ideal de modo poético con estas duras palabras del tierno Virgilio: *Tu regere imperio populos, Romane, memento, // haec tibi erunt artes--pacique imponere morem--//parcere subiectis, et debellare superbos*¹⁶. El machismo en sus diversas formas en las culturas y en los pueblos es una traducción a escala provinciana o doméstica del sistema que se resiste a reconocer la pluralidad.

También tiene su traducción doméstica y provinciana el sistema de la pura alteridad. La emergencia del individuo es tardía. Hay que esperar el advenimiento del cristianismo para encontrar ejemplares que saben leer en su propia biografía una realización de la historia del ser humano. La hora moderna cambia de rumbo con Kant y propone la libertad como fundamento. La razón ordenada deja paso a la espontaneidad de la vida, del instinto, de la existencia. Hay que esperar llegada del existencialismo sartriano para que una mujer, identificada con su pensamiento de estar condenados a la libertad y a la invención cotidiana del hombre, denuncie con vigor la situación de la mujer y proponga la teoría de que la mujer es fruto de la libertad: no se nace mujer, se llega a ser¹⁷ [16]. Los feminismos más exaltados caen en la tentación de negar la naturaleza de la mujer para afirmar la existencia libre y situarse frente del varón, sin posible campo común para el encuentro. Es aleccionador ver cómo la misma Simone de Beauvoir, en busca de solución al problema, por falta de fundamentos, va de extremo a extremo, de Sartre a Marx, de la pura y simple condena a la libertad, donde topa con la sorpresa de que "el infierno son los otros", al horizonte marxista que promete la liberación y presenta un tipo de *homo oeconomicus*, *homo sovieticus*, un ser humano de una sola dimensión, asexuado,

¹⁶ VIRGILIO, *Aeneidos*, IV, 851-853.

¹⁷ SIMONE DE BEAUVOIR, *El segundo sexo*, Buenos Aires, 1972 vol. I p. 13.

sin interioridad, mero ente de producción y consumo como denuncia la rusa Tatiana Goritcheva¹².

Los extremos se tocan. Ninguno de los dos tiene la verdad. La filosofía tiene que respetar los datos de la realidad y dar razón de ellos. En la realidad se dan ambos extremos, pluralidad y unidad, mujeres y hombres, seres humanos frente a frente, cara a cara. El pensamiento humano no es el árbitro sino el lugar de la verdad, el espejo en que se refleja lo real en su ser. Solo la filosofía que respete la realidad tal cual se ofrece al hombre, y tenga una comprensión adecuada de lo que es el conocer intelectual, del objeto de la inteligencia, puede dar la solución a este problema de lo uno y los muchos, de la unidad y la pluralidad, de la identidad y la alteridad.

Heidegger denunciaba la miopía de los filósofos que durante 25 siglos han ignorado el problema de la diferencia que existe entre el ser y el ente. Su denuncia ha causado un terremoto filosófico y ha propiciado la vuelta de la metafísica. Del análisis de la verdad de esta acusación heideggeriana han surgido sorpresas. Una de ellas se vuelva contra el mismo Heidegger, que no ha sido capaz de captar el ser y superar "el olvido del ser", al quedarse perdido en el laberinto del ser en la temporalidad y en el lenguaje. Otra más sorprendente: que en la historia hay un solo pensador que escapa radicalmente a esta acusación del olvido del ser y de la ignorancia de la diferencia, y este es Tomás de Aquino. Motivado por la acusación heideggeriana el P. Cornelio Fabro, recientemente fallecido y llorado, descubrió este profundo filón original de la filosofía tomista, el núcleo de su pensamiento que tiene como base la intuición del ser como acto¹³. Tomás de Aquino sabía de las "grandes angustias que atormentan a los mayores genios de la humanidad"¹⁴, al no poder dar solución satisfactoria a los problemas últimos que se propone el ser humano. Tuvo la fortuna de entrar en contacto con la mejor tradición del pensamiento, la cristiana que recogía la "sublime verdad"¹⁵ la que Dios reveló a Moisés sobre sí mismo como ser personal y

¹² Cfr. M.-Th VAN LUNEN-CHNU, *La réciprocité de différence au-delà du système clos de la féminité*, en "Lumière et Vie", 30 (1981), p. 13.

¹³ Cfr. M. PANGALLO, *L'essere come atto nel tomismo essenziale di C.Fabro*, Roma, 1987.

¹⁴ S. TOMAS, CG, III, 48.

¹⁵ S. TOMAS, CG, I, 13.

absoluto, la griega en el estilo de pensar de Aristóteles que señala el punto culminante de la filosofía con la noción de acto, y la universitaria de su tiempo en el *Studium* de Federico II de Nápoles y París "*Civitas Philosophorum*".

Desde la comprensión del ser como acto, que se realiza de modo absoluto en Dios, se comprenden los entes objeto de la humana inteligencia, a la luz de la participación del ser, en su alteridad y en su diferencia, no de modo homogéneo y pleno, sino en una escala que admite modos diversos conforme al sujeto en que se recibe el acto. El modo más alto y más digno es el ser personal. Los seres que participan del espíritu tienen la dignidad de personas, son singulares, completos, subsistentes. En ellos se da al mismo tiempo la máxima alteridad incommunicable y la máxima capacidad de comunicación, la identidad y la diferencia, la unidad y la multiplicidad. En esta teoría hay un lugar para fundar la alteridad, la diferencia y el poder justificar la situación de la mujer frente al varón.

La solución de Tomás al problema de la alteridad en el seno del ser, sirve de fundamento a la comprensión de la condición humana en su alteridad y su diferencia en el seno de la especie. La multiplicidad y la diferencia es un dato existencial. La filosofía tomista no tiene la pretensión deducir lo real del pensamiento, sino de ser fiel intérprete de los datos de la existencia en cuanto son inteligibles y están a nuestro alcance. La teoría de la participación explica la posibilidad de la alteridad y multitud en el seno de una cierta unidad y distinción, el análisis de la realidad ya dada consigue descubrir en la naturaleza el principio de la diferencia, y la condición humana singular, que trasciende su ser natural en la dimensión cultural, da razón de la marcha de la historia al dar sentido a la condición humana. La fundamentación de la diferencia de la mujer y del varón implica el recurso a la ontología fundante, a la naturaleza como constitutivo, y a la plasmación cultural como proceso de despliegue de las dotes humanas. Todo feminismo tiene que atender a estos niveles.

2.1 *La raíz de la diferencia*

La filosofía griega no logró una penetración en el ser del ente, porque no pasó más allá del movimiento y de los procesos de la materia, como hace la ciencia moderna, donde nada crea y

nada se destruye, todo se conserva. Les faltó idea de creación, como origen y radical del ente desde la nada de sí mismo, sin presupuestos, por obra del ser absoluto y personal a quien llamamos Dios. Por eso no fueron tampoco capaces de penetrar a fondo en la verdad de las cosas. La filosofía cristiana tiene este privilegio que le viene de la Revelación. Antes de Tomás de Aquino ya los filósofos del Islam, a partir de Avicena, habían subido un paso más en esta escala de acceso al ser, al descubrir la causalidad creadora de Dios, origen de todo lo cósmico.

Tomás de Aquino tuvo conciencia de este proceso de la causalidad radical, recogiendo la tradición, que la venía a avanzar lentamente, hacía adelante y hacia arriba, *paulatin et pedetentim*¹⁶. Concibió la inteligencia humana como la apertura del hombre hacia el ser, a través del ente, capaz de captar intencionalmente lo que las cosas son. Toda intelección es captación del ser. Se parte del ser común, en lo que todos convienen, y se van descubriendo las diferencias en la medida en que participan del ser. Del ser común se llega al ser como acto, y del ente se llega, por la vía la causalidad, a Dios, como acto puro, *ipsum esse subsistens*. Este itinerario lo recorrió ya en su primera obra filosófica y lo practicó durante toda su vida¹⁷.

La diferencia acompaña a la multitud de los entes creados. *Ibi quaeritur differentia ubi et convenientia*¹⁸. La diferencia radical de los entes brota del acto de ser, del acto primero que da consistencia al ente y del cual todo lo demás participa. La existencia de los entes es siempre singular, concreta, ésta. Toda existencia creada ha salido de la nada, ha sido creada. Y la creación es acto que compete sólo al ser infinito. Todos los entes tienen ese mismo origen. Por eso están traspasados de contingencia. El acto de ser funda la alteridad en el ser. Este acto remite a todos los entes a una relación originaria con el ser

¹⁶ Cfr. A. LOBATO, *El ser y los trascendentales en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino*, en "Veritatem in caritate" Studi in onore de Cornelio Fabro, Edizione Ermes, 1991, p. 118-141.

¹⁷ Cfr. A. LOBATO, *San Tommaso, Opuscoli filosofici. Citta Nuova, 1989*. Ya en el primer tratado "De ente et essentia" Tomás realiza este itinerario de la escala de los entes hasta el ser, y del ser a los entes. De un modo crítico, histórico y muy original lo hace en uno de los últimos "De substantiis separatis", recogiendo el legado de los griegos y en polémica con Avicibrón, por su incapacidad de trascender la materia en la composición de los entes finitos.

¹⁸ S. TOMAS, ST, 90, 1 ad 3.

absoluto. La distancia que media entre el absoluto y cualquiera de las participaciones es infinita. La pluralidad de los entes sigue el orden descendente de los sujetos que la participan: estos se distinguen en grados de mayor proximidad y mayor alejamiento del ser que es acto puro. Hay un mundo de seres espirituales, múltiples, diferentes, admirables en su perfección y en sus obras, pero que están para nosotros ocultos. Hay un orden de seres corpóreos que participan en grados siempre diferentes la escala de los elementos. La conocemos en el mundo sublunar, la admiramos en el mundo celeste. Hay seres vivos que son la sorpresa por su variedad de formas, de ejemplares, de especies en el mundo vegetal y en el animal, desde los grados inferiores hasta los más próximos al hombre.

La diferencia se acentúa en la medida que subimos en la escala. La mayor diferencia se da en la persona. Esta tiene dos grandes títulos que la distinguen: un modo de ser subsistente, autónomo, completo que la hace incomunicable, y modo noble de ser, porque tiene espiritualidad y por ella se abre al conocer y es capaz del bien infinito. La persona es un todo, un ser en plenitud *dignissimum in tota natura*¹⁷. La diferencia va con la persona, la cual no puede nunca ser parte, ni accidente, ni posesión de nadie, ni objeto universal. Es siempre un yo, que se encuentra relacionado con otras personas, de modo radical con el TU infinito, con Dios a cuya imagen ha sido creado y de quien participa. Desde la distancia que separa la criatura del creador, Dios resulta lejano, misterio, el Otro, la diferencia absoluta. Desde la perspectiva de la participación Dios no está lejos, esta dentro, tiene su imagen en todo ser personal, en más profundo en mí que yo mismo, está presente por esencia, presencia y potencia.

Varón y mujer tienen este fundamento de la propia alteridad personal. Cada uno es un singular ante Dios, ante el otro. La persona da razón de la unidad profunda del ser singular y de la radical distinción de todos los demás. Pero esta radical diferencia interpersonal es común a todas las demás personas, sean puros espíritus o tengan materia como los sujetos humanos. Por eso esta primera diferencia y comunión no basta para situar en su posición de reciprocidad frente a frente a la mujer y al varón. Trasciende ese orden, lo comprende. Al mismo tiempo es el fundamento de la mayor alteridad y de la mayor convivencia. Ya en este primer paso aparece la armonía entre unidad y

¹⁷ S. TOMAS, ST, I, 29, 3.

multitud, entre la identidad y la alteridad, que era el problema que nos servía de punto de partida. La alteridad es existencial, real, irrenunciable del ser. La unidad es parte es don, y en parte tiene ser conquista a través de las relaciones interpersonales. Pero esta es más frágil puede ser negada, perdida, inalcanzable.

El ser personal no puede vivir sin la relación unificante con otras personas, pero en el orden creado, donde todas son contingentes, ninguna dice orden necesario a otra, mientras no haya dependencia en el ser, como ocurre en el caso de los padres y los hijos. La condición personal del varón y la mujer es la primera raíz de su diferencia para situarlos frente a frente, iguales y recíprocos, llamados al desarrollo mutuo mediante las relaciones interpersonales²¹.

2.2 Naturaleza y diferencia.

El ser personal es un todo completo subsistente. Y por ello se realiza en modos diversos conforme a la realidad que forma ese todo. En teología se distinguen con precisión desde Boecio, a quien debemos la noción más consistente en este terreno, la naturaleza y la persona. La naturaleza es más amplia. En esa noción él incluía cuatro sentidos diferentes, y ya no coincidía con la *physis* de los griegos. La persona requería una naturaleza bien precisa, la racional. Su búsqueda y encontrada definición de persona, a pesar de los que han abominado de las sustancias, sigue resonando no sólo en las escuelas, sino en la apreciación del sentido común: *rationalis naturae individua substantia*²². El ser humano no es una naturaleza simple, como lo es el ángel, sino compuesta, una maravilla de síntesis, donde se han dado cita los órdenes de la creación, desde los elementos humildes de la materia, hasta las radiante cimas del espíritu que conoce y ama. El hombre es un mundo menor, un horizonte y confín de todos los grados del ser.

A Tomás de Aquino le agradaba esta visión del hombre como compendio del universo, que encierra *comprehensive et*

²¹ Cfr. A. LOBATO, La pregunta por la mujer, Salamanca, Sígueme, 1976 pp. 218-89.

²² BOECIO, Liber de persona en duabus naturis in Cristo, PL. 64, 13443D. Cfr. A. LOBATO, Personal y naturaleza en Boecio, EN "Miscelánea Manual Cuervo", Salamanca, 1970, pp. 443-471.

intensive todo lo disperso en el universo. El anillo de conjunción de todo los grados del ser, como punto central de la realidad, es el alma humana, el menor de los espíritus y la forma más alta de los cuerpos²². Todo el universo está ordenado al ser humano, como regido por un principio antrópico. La pequeñez del hombre y la grandeza del universo, seguirán siendo motivo de admiración y de interrogantes, como en el salmo 8, pero esa es la maravilla de lo humano. Por esta inserción en el mundo de la materia, porque en la constitución del hombre entra la corporeidad de modo esencial, no se puede comprender la persona humana en su realidad total, sino teniendo en cuenta su componente corpóreo. Tres cosas implica la corporeidad humana en relación con el ser del hombre: es esencial, es perfectiva, es un límite que condiciona su ser y su obrar²³. La esencia del hombre es compuesta, tienen alma y cuerpo. Y por ello la persona humana, como totalidad, incluye la esencia, la forma y la materia.

Aquí tenemos otro elemento decisivo para la diferencia. La naturaleza humana forma parte del ser personal. Cada individuo singular no sólo tiene el acto de ser, que lo constituye en el orden vertical, sino la potencia de ser, que comprende ese principio espiritual, animador, forma substancial, que llamamos alma, y estos elementos concretos de la realidad corpórea viviente, que constituyen "esta carne y estos huesos". La diferencia da origen a los individuos, a la multitud en el seno de la conveniencia. Cada individuo es uno, no dividido. Cada individuo humano tiene sello del ser personal. Pero cada uno lleva a otra negación que lo separa de los demás: no del otro. Desde esas negaciones nos aproximamos a la realidad individual. Los antiguos tenían preferencia por lo inteligible, lo universal, una vez que habían constatado la existencia del singular. Por eso afirmaban que el individuo es inefable, inaccesible al entendimiento mientras no haya una imagen, *conversio ad phantasma*²⁴. En cambio para el pensamiento moderno lo individual coincide con lo real. El singular es quien se presenta ante Dios, es como el atlante que lleva el mundo sobre sus espaldas.

²² A. LOBATO, *Anima quasi orizon et confinium*, en AA. VV. "L'anima nell'antropologia di San Tommaso", Roma, 1987, PUST, 28, pp. 51-80.

²³ Cfr. A. LOBATO, *El hombre en cuerpo y alma*, EDICEP, Valencia, 1995, pp. 101-330.

²⁴ Cfr. A. LOBATO, *Densidad ontológica del individuo humano*, en *Parola e Spirito*, Paideia, 1983, pp. 1383-1410.

La filosofía de Tomás tiene también una propuesta de solución para el problema del individuo que incluye el problema de la diferencia. Si la existencia es siempre singular, individual, el filósofo tiene que dar razón de esa individualidad, que no rompe la conexión con la especie sino que la realiza. Hay que recurrir al principio de individuación. Este es diverso en los seres. Dios es singular y lo es por su misma plenitud de ser. Los ángeles son singulares, pero en ellos no hay multiplicación o participación de la especie en los individuos. Cada uno de los espíritus es una especie porque en ellos no hay sino forma espiritual que les da el modo de ser. En cambio los cuerpos tienen principio de individuación en la materia. La materia corpórea es ésta, y en ella se da la participación de la forma substancial por la cual adquiere un modo específico de ser. El ser humano recibe un patrimonio genético de los padres, por la vía de generación, y en esa materia ya organizada y viviente, se infunde el alma por un acto creador de Dios. Desde ese momento inicial tenemos un ser humano, con su condición de individuo y de persona.

A partir de 1958 la ciencia ha demostrado con evidencia el proceso de la generación humana y la raíz de la diversidad de los sexos. Se han descubierto los cromosomas y los genes y la función que tienen en la formación del sexo masculino y femenino. La sexualidad ya no se limita en el ser humano a algunas dimensiones de la corporeidad, sino que está inscrita de modo radical en todas las células, tanto las somáticas, con sus 46 pares, cuanto las germinales, que solo tienen 23 pares de cromosomas. Pero es diferente la composición de los cromosomas en el varón y en la mujer, XY y XX. Se nace varón o mujer conforme le ha tocado una constitución a nivel de patrimonio genético o le ha tocado otra. La especie tiende a la conservación y por ella mantienen las mismas probabilidades en cada caso, el 50%. Lo que es casual para la especie se torna radical y constitutivo para el individuo. Uno nace mujer o varón y esta diferencia le sella para toda la vida. La diferencia es constitutiva y es ley de naturaleza. La mujer tiene su singularidad radical desde el primer momento: su arquitectura somática durante las primeras diez semanas la configura corporalmente. Sus ciclos y desarrollos están dirigidos desde dentro. Su cuerpo es naturaleza. El alma informa al cuerpo, lo constituye en humano, y es principio de todas las operaciones a lo largo de la existencia.

La diferencia somática condiciona todo lo humano; el desarrollo y sus fases en la diversas edades, el sentir y su

apreciación del mundo, de la realidad, de la trascendencia, el entender y relacionarse con los demás, con el mundo, con Dios. La diferencia de la corporeidad posibilita los roles y las funciones en la especie. La mujer puede ser madre, el varón no. Biológicamente esta posibilidad condiciona la mujer y le da una dimensión peculiar. La sexualidad profunda del ser humano, se desarrolla en fases y condiciona la existencia humana en relación de la reciprocidad de sexos.

La mujer por su sexualidad ya tiene otro modo de situarse frente al varón. Aquí se funda la reciprocidad, de amor y atracción, y sus contrarios. Hay una dialéctica de sexos que integra esta reciprocidad: el ser uno para el otro. Esta relacionalidad implica ya la realidad que se posee a si misma, pero la proyecta y la dispone para el ejercicio de esa capacidad. La diferencia resulta complementaria a nivel de especie, constitutiva a nivel de individuo. Mujer y varón se encuentran llamados a vivir frente a frente, a mirarse a la cara, donde se concentran las mejores expresiones del ser personal. La diferencia está en la base de la dialéctica, del destino y del desarrollo de la mujer y del varón.

2.3 *La cultura y la diferencia*

La diferencia entre el varón y la mujer, ya consistente por la realidad personal, envolvente, y por la condición natural constitutiva, se acentúa en la marcha de la historia concreta, por la nueva dimensión que compete al ser humano, que no sólo es naturaleza biológica, sino una naturaleza que admite una nueva plasmación a través de la cultura, sino que es un producto de la cultura. La cultura diferencia al ser humano de todos los demás. Y diferencia los diversos pueblos. La cultura es la esfera envolvente en que el hombre se mueve. La misma naturaleza le empuja a la creatividad cultural. Cultura no es sólo lo que perfecciona a un individuo, no es sólo un elemento intelectual. La cultura se entiende ahora como el conjunto de productos que el hombre añade a la naturaleza y que forman la totalidad del mundo en que se sitúa el ser humano. La cultura brota por necesidad. Todos los seres tienen por naturaleza la fórmula para resolver sus problemas, pero el hombre no la tiene. En su lugar se le han dado las manos y la mente. Platón hacía la comparación entre los animales y el hombre cuando comienzan su andadura

terrena. Aquellos tienen instintos que le orientan. El hombre viene al mundo descalzo, desnudo, sin armas de defensa y lleno de necesidades. Aristóteles prosigue este mismo discurso y encuentra, como el hombre sin tener que escalar el Olimpo para robar el fuego de los dioses, la ciencia y la política, ha recibido por naturaleza los medios para satisfacer mejor que los animales sus deseos. Su alma está abierta a la totalidad, es *quodammodo omnia*, y la prueba de ello está en la mente y en las manos, mediante las cuales se procura todos los instrumentos y alcanza todas las cosas²⁵.

Todo ello era para Tomás un punto de partida. La mente y la mano son dos signos de la socialidad del hombre, un ser lleno de necesidades, menesteroso, insuficiente por sí mismo para resolver los problemas que se propone. Esto funda su condición de ser social. No se basta para vivir a solas, su necesidad le empuja a la vida en sociedad. Es el animal que habla y comunica, que recibe y coopera. Y la sociedad humana comienza en la familia, donde el hombre encuentra el ambiente propicio a las personas y el remedio a sus necesidades más humanas: cariño, cuidados, relaciones interpersonales desinteresadas. La sociedad es la unidad de muchos singulares. Y esa condición social comienza por la reciprocidad de la mujer y el varón²⁶. El remedio a las necesidades humanas da origen a la cultura, al mundo 3 de Popper, a una totalidad que hace posible la convivencia del hombre y la mujer, del hombre con el hombre en la ciudad. La cultura se apoya en la lengua, se plasma en las artes, se expresa en las costumbres y se significa en los símbolos. Pero las culturas se distinguen por los valores que les dan consistencia.

La cultura humana es la respuesta a las cinco exigencias inscritas en la *lex naturalis* de cada ser humano: la felicidad en la consecución del bien, la conservación del ser, la propagación de la especie por la unión del varón y la mujer, la aspiración a la verdad, la vida en comunión por medio de las relaciones interpersonales²⁷. La cultura ha ido conformando el mundo. Pero sobre todo la cultura ha modelado al hombre. Hoy entendemos como cultura la totalidad de esos elementos que el hombre ha añadido a su naturaleza, y sin los cuales ya no es capaz de vivir:

²⁵ ARISTÓTELES, *De Anima*, III, 8, 431 b 21.

²⁶ S. TOMÁS, *De Regno*, c.1.

²⁷ S. TOMÁS, ST, I.II. 94,2.

"el conjunto de datos personales y sociales que caracterizan al ser humano permitiéndole asumir y dominar su condición y su destino"²⁸. En las culturas se han ido plasmando los roles diferenciables de cada uno de los sexos. *Non omnia possumus omnes!*. Las culturas primitivas han tenido que emplear la fuerza para el dominio de la naturaleza y del hombre. Las culturas del hombre pastor precisan la movilidad, las culturas agrícolas exigen el trabajo físico. El cuerpo humano está a la base de todas las culturas: las artes son obras de las manos que transforman la materia siguiendo la dirección que imprime la mente. El cuerpo del hombre adquiere significados y roles en todas las culturas. La cultura da sentido al cuerpo y a los roles. La sexualidad es una fuerza dominadora de la vida.

La mujer, ya por su ser personal y su naturaleza, situada frente al varón, en las culturas ha adquirido el sentido de su corporeidad, el significado del rol de la maternidad, el aprecio y el amor, o el dominio y la sumisión. Las culturas antiguas, en las que la vida era muy corta a causa de la falta de cuidados de la salud, la mujer estaba sometida al servicio de la especie y destinada a ser la madre de los hijos. El amor recíproco del varón y la mujer ha sido un elemento poderoso y creativo de cultura, pero las culturas antiguas han separado la fecundidad y el amor, la esposa y la amante, cuando no han relegado a la mujer un segundo lugar y el amor de amistad era solo posible entre varones, como ocurre en el célebre libro de Ibn Hamz, *El collar de la paloma*, escrito en Córdoba en el siglo XI, siguiendo la inspiración lejana del *Convite* de Platón. La mujer como objeto de amor es un fruto del renacimiento y sólo en la hora romántica y en la cultura occidental adquiere la aureola del mito. La cultura ambiental de nuestra hora debe mucho a pensadores que dan primacía a los instintos como Freud. La exaltación del sexo es la reducción de la mujer a mito y a objeto. Pierde su condición de persona, su dignidad de ser libre y es víctima de la mitificación de los medios y de la irracionalidad de los instintos.

La cultura plasma los sujetos conforme a los valores que son el alma de la misma cultura. La cultura necesita un criterio de valoración. Son los valores universales, los morales y los religiosos, los que ayudan a la comprensión de una cultura. La cultura de occidente ha perdido el norte a partir del viraje de la ilustración. Ha dejado al hombre a solas sin mundo y sin Dios, y

²⁸ Vat. II. *Gaudium et spes*, 53.

ahora lo deja ciego y sordo a los valores éticos que dan sentido a la vida humana. La mujer queda en la ambivalencia, de un lado la libertad y la exaltación nominal de la persona, y de otro la violencia de los instintos que no tienen control y buscan la presa. El criterio y la norma de la cultura tiene que ser el hombre mismo, en sus dos dimensiones ya mencionadas, del ser personal y de la naturaleza integral humana. Juan Pablo II ha alzado su voz en un discurso célebre tenido en París, en la sede de la Unesco el 2 de junio de 1980, que se ha convertido en la Carta Magna de la cultura²⁷.

La alteridad mujer/varón queda así cimentada desde los tres fundamentos desiguales. Es radical la condición personal de la mujer y el varón, por lo cual ya se sitúan frente a frente. Es constitutiva la diferencia de naturaleza realizada en cada sexo de modo diferente, que no puede ser negada, tenida en menos, despojada de su dignidad humana. Es condición del hombre ser objeto de la cultura y plasmado por ella. Pero la cultura no tiene la consistencia de la persona ni de la naturaleza. Más bien tiene que regirse por ellas. El olvido de los dos fundamentos anteriores se ha dado en las culturas, se da en la nuestra. Esto hace que haya desvíos, que haya olvido de la diferencia radical para atender a los imperativos del momento. Una cultura desviada de las raíces de la alteridad, desde el olvido de la diferencia, propicia la opresión de la mujer, la marginación, la reducción a mero objeto sexual, aún en los momentos en que en apariencia la mitifica y la exalta. La mujer, olvidados los fundamentos permanentes de la diferencia, ya no está frente al varón, como igual, está en peligro de marginación y sumisión, está necesitada de liberación.

III. La diferencia y el feminismo

Una vez que se ha logrado una cierta comprensión del ser respectivo de la mujer y el varón, con una visión de totalidad, teniendo en cuenta la diferencia constitutiva en los diversos niveles que comprende, hay que dar otro paso, que afecta a todo lo humano, el del devenir. Porque el ser humano tiene esta condición de ser y hacerse, de estar afectado por la cuarta dimensión del tiempo y el espacio. Es radicalmente humano el

²⁷ JUAN PABLO II, *Discurso en la Unesco de París, 2 de Junio, 1980*. Cfr. B. MONDIN, *Una nuova cultura per una nuova società*. Massimo, Milano, 1981.

imperativo de Píndaro en las *Pitias*: *Llega a ser el que eres!* Como el grano lleva ya inscrito su programa de desarrollo vital, también el hombre tiene su ley de despliegue de las posibilidades. La hora moderna ha captado más a fondo esta posibilidad del ser humano, creado en libertad y dejado a su arbitrio para plasmarse. Píico de la Mirándola lo ponía de relieve en *Oratio de hominis dignitate*. Todos los demás seres tienen su itinerario decidido de antemano, pero el Señor ha dejado al hombre libre para que al hacer su camino se haga él mismo. Ya Parménides en su poema, antes que Machado en sus cantos, había descubierto esta coincidencia entre el ser humano y su camino.

La emergencia de la mujer y la necesidad de situarla frente al varón hacen necesario un programa de realización de esa diferencia. La existencia es singular. Cada mujer debe realizar su propio camino. Pero esa unidad del "género" admite una cierta unidad de meta y de proyecto. El ser humano en nuestros días, quizá espoleado por los fracasos del siglo XX, tan inhumano en muchos aspectos, y por el alba del tercer milenio tan prometedora, se siente proyectado hacia el futuro, inconforme con la situación del presente, itinerante. La utopía feminista es liberadora. Si se atiene a la realidad de su situación frente a Dios, frente al varón, frente a su destino, lo asume con realismo, y aceptando su condición personal como base y su naturaleza como camino trata de conformar su propio destino en una nueva cultura, hará bien en atender a estas tres dimensiones de su desarrollo, que hacen posible el devenir de lo que ya es: la conquista de la personalidad, el cultivo adecuado de las relaciones interpersonales, y la modulación del sujeto en la cultura de la diferencia. Cada una de las perspectivas admite una amplia exposición, que aquí sólo queda insinuada.

3.1 *La persona está llamada al desarrollo de la personalidad.*

La persona es un don, la personalidad una conquista. Consiste en la adquisición de la madurez en los estilos de ser, de comportarse, de actuar. La personalidad sigue a la persona. No está fuera de lugar recordar que la persona sigue indicando los dos polos de la totalidad de lo humano: el exterior y el profundo: *la máscara y el misterio, el aparecer y el ser*. La personalidad de la mujer se modula en una atención constante hacia lo exterior, en el cuidado de aparecer frente al varón, en su reciprocidad con los

demás, en su presentación ante Dios. Ya Ovidio describía a las mujeres romanas que iban a los crudos espectáculos del foro y del circo, no solo a ver sino más bien a ser vistas: *venient ut spectent, ut spectentur et ipsae*³⁰.

La personalidad se labra en el desarrollo del propio interior, en la fidelidad a uno mismo, a los grandes anhelos que el ser humano sienten en su corazón. Hay una llamada de Dios que resuena en la conciencia de cada uno y es preciso oírla y seguirla. Hay instintos superiores y aspiraciones profundas. Todo ser humano lleva consigo una apertura al infinito, una aspiración a ser él mismo, a no depender de nadie, a unificar todas las dimensiones de su ser, y dar respuesta a esas notas del ser personal: verdad, perfección y belleza. Eso implica ser auténtico, veraz. Edith Stein que tenía el alma llena de luz, ponía ese centro de la personalidad femenina en el afecto, en el sentimiento profundo por el cual se estiman siempre en primer lugar las personas y todas las cosas en orden a ellas. La mujer logra su personalidad cuando ha madurado ese sentimiento profundo, su *Gemüt*. Cada una de las mujeres lleva su secreto, su capacidad de sentir y de amar. La personalidad femenina se pierde cuando olvida esa profundidad y queda en la periferia de la vida estética, donde hay una alienación, una huida de sí mismo y por ello el perfil y el rostro quedan desdibujado³¹.

El programa de la conquista de la personalidad femenina parte del ser personal, lo toma en su totalidad y afirma hacia fuera y hacia dentro la condición de unidad, de ser en sí, de no ser parte, accidente, propiedad, ni posesión de nadie. Es así como se sitúa con su propio rostro de mujer frente al varón, que es también ser personal, igual en dignidad, diferentes en sus procesos. Las personas se miran a la cara y expresan en los ojos sus vivencias. El yo se sitúa frente al tú para formar el nosotros.

3.2 *La respectividad y las relaciones constitutivas.*

La persona es el centro y el lugar de las relaciones. La mujer alcanza su desarrollo en su condición de ser para el otro,

³⁰ OVIDIO, *Ars. Amandi*, III 7.

³¹ E. STEIN, *La mujer*, Obras V, p. 56 Cfr. A.ALES BELLO, *Fenomenologia dell' essere umano. Lineamenti di una filosofia al femminile*, Città nuova, 1992, p. 103 y ss.

respectiva, en el cultivo adecuado de las relaciones interpersonales. Adán se conoció a sí mismo frente a Eva. Esta se reconoció frente a Adán. En la hora actual ha decaído el interés por una ontología del ser personal, por la subsistencia y la subjetividad, en la cual el hombre moderno se pierde, y en cambio cobran interés las relaciones, de tal modo que tratan de sustituir a la sustancia, hasta una pretensión de copiar en la vida personal la realidad trinitaria, donde no hay lugar para tres sustancias y sí para tres relaciones. El intento es imposible, pero la tendencia hacia ese polo es real. La mujer desarrolla su condición humana, desde la diferencia, en la medida en que cultiva y proyecta su ser en las relaciones de reciprocidad con otras personas, de modo concreto con el varón.

Hay una relación primaria, significativa, que es la relación que establece en lo humano el propio cuerpo. El cuerpo es el protolenguaje de los seres humanos. En el ser humano todo se llena de sentidos, desde la información por el alma. Todo lo corpóreo se convierte en signo y en símbolo. El lenguaje es expresivo, significativo, comunicativo. Las tres funciones las realiza el cuerpo de la mujer en su relación de presencia con otros cuerpos. Si todo el cuerpo es portador de lenguaje, hay en el cuerpo humano un lugar especial donde todo es expresivo, es el rostro. En él se aproximan los diversos sentidos, y en él los ojos son como las ventanas del alma. Por ellas entran las cosas y desde ellas salen las señales del interior.

Juan Pablo II en sus catequesis ha desarrollado ampliamente este lenguaje significativo de la corporeidad humana, el lenguaje del cuerpo de la mujer, por su condición sexuada, por su capacidad de atracción, de recipiente, de acogida, y por ser el lugar sagrado de la vida nueva²². El lenguaje corporal es signo desde su misma presencia. Ese lenguaje admite muchas modulaciones. El cuerpo enriquece a la gama de expresiones con los vestidos, los colores, las formas. Este es un mundo de desarrollo de la personalidad femenina, y es el mundo de la seducción y del despertar de los instintos del sexo, que se tornan violentos y exigen la posesión y el disfrute de la corporeidad desde la dimensión sexual.

²² JUAN PABLO II, *Uomo e donna*, *ibid.* P,74. C. BURKE, *L'identità sessuale dell'uomo e della donna*, 1974, p. 356. J. Sarano, *Significato del corpo*, EP, 1975.

Un nuevo ámbito de relaciones se fundan en la palabra, en el lenguaje hablado. El hombre es el ser dotado de palabra. La relación del sujeto parlante se establece con otro sujeto oyente, y entre ambos nace el diálogo, y entre muchos el coloquio. La palabra como relación interpersonal tiene gran peso en la vida humana. Es el medio privilegiado de la expresión, de la significación y de la comunión entre personas. Como la palabra se trasciende lo importante no es sólo el hecho del diálogo, sino el contenido del mismo, el desarrollo del coloquio. La palabra es poderosa, pero es siempre ambivalente: es un instrumento y depende de lo que comunica. La mujer necesita dialogar, comunicar, está dotada de una singular capacidad para el desarrollo del lenguaje. Ahora se descubre que utiliza los dos hemisferios del cerebro, en vez de uno sólo como hace el varón, y que atiende al mismo a más aspectos, sentidos e intuiciones que el varón. La mujer ha desarrollado poco en el pasado el poder de la palabra. Ha estado apartada de la palabra que enseña con autoridad. Pablo expresaba esa prohibición: "No permito a la mujer que enseñe en la Iglesia" (I Tim, 2,12).

La hora moderna ya ha levantado esas prohibiciones. La Iglesia ha estrenado dos mujeres con el título de doctoras: Teresa y Catalina. Son las primeras de una serie que promete ser larga para la vida y fecunda para la vida de la Iglesia. El desarrollo de esta relación indica el camino recíproco y nuevo que se abre a la mujer del futuro: la palabra, la docencia, la cátedra, la escritura, el libro, el lenguaje de las artes. La mujer, como el varón, tiene que realizarse como *Homo loquens*¹¹.

La relación preferente, interpersonal, que debe ocupar el centro del programa del feminismo, es la del amor. El amor es la fuerza que proyecta la persona hacia la persona, la que hace posible el encuentro de las personas entre sí, la que no sólo pone las cosas al servicio de las personas, sino la que se da a sí mismo desinteresadamente. El amor es tendencia hacia el bien, es deseo cuando está ausente, es gozo cuando lo *tiene* presente. La mujer se sitúa frente al varón en su diferencia personal, natural, como sujeto del amor. El amor admite muchos niveles y grados. Los principales son los tres que designan muy bien en su diferencia las palabras griegas de *eros*, *filia* y *agapè*. Este último es el amor cristiano. El primero designa el amor físico y biológico, el amor sexual. El amor de *amistad*, que está en medio participa un poco

¹¹ Cfr. A. LOBATO, *Homo Loquens*, Bologna, ESD, 1989.

de los dos. En él se da la reciprocidad, del uno frente al otro, la comunicación desinteresada en un bien que envuelve a ambos. El amor auténtico implica la amistad entre personas. Aún el de Dios se vive al modo de la amistad, donde cada uno busca sólo el bien del amigo y sabe que es mejor ser amante que amado. La relación de amor es la que indica la plenitud de la persona, y la que hace madurar la personalidad. La mujer está llamada a ser maestra del amor del varón. El diálogo platónico sobre el amor, describe los grados del amor. Sócrates confiesa que cuanto sabe acerca del amor lo aprendió de una mujer, Diótima, que era sacerdotisa de Mantinea⁴.

La relación de amor es la vida que da la medida de la madurez de la mujer. Ella la pone frente al varón en la vida de mujer consagrada, en la familia, en la vida de la ciudad. La presencia de la mujer que ha logrado una relación afectiva de equilibrio crea un clima de paz y de sosiego. La paz es uno de los efectos del amor. La mujer ha sido invitada para ser la constructora de la paz. Recientemente en Trento, Chiara Lubich, al recibir una medalla de honor por su obra en la sociedad y en la iglesia, gozaba con acierto esta dimensión de la mujer constructora de la paz por las relaciones interpersonales del amor. El amor lleva a plenitud la naturaleza humana de la mujer.

3.3 *La perfección desde la diferencia.*

La dimensión cultural, constitutiva, de lo humano en sus múltiples realizaciones, admite también un devenir. La cultura es en buena parte la forja del sujeto, el desarrollo de sus capacidades, la asimilación de los valores. Antes de llegar a ser una totalidad, la cultura tiene una relación con el sujeto humano. Realiza en la persona singular lo mismo que el cultivo en el campo, que el culto ante el altar. Hay una *cultura animi*, que es superior a la *cultura agri*, y es émula de la *cultura deorum!*. La mujer se plasma en la adquisición de la cultura en sus diversas proyecciones: cultura del cuerpo, cultura del alma, con la adquisición de los hábitos que perfeccionan al sujeto. Hay virtudes intelectuales, las hay artísticas y las morales. Todas ellas son caminos de la cultura de la diferencia femenina. El ser humano está abierto a la totalidad, *quodammodo omnia*, pero tiene disposiciones naturales para unas

⁴ A. LOBATO, *El amor humano y la familia cristiana*, en "Verbo", 1994, p. 678 y ss. F. TOMAR, *Persona y amor*, Barcelona, PPU, 1993 p. 331 y ss.

cosas y no las tiene para otras. La mujer tiene una especial sensibilidad. En las virtudes intelectuales es más propicia para la intuición, es apta para las artes útiles y bellas, y en las morales oscilante: la tradición cultural la exalta y la condena. Hay cinco vírgenes prudentes y cinco vírgenes necias.

El programa feminista tiene que procurar la perfección de la mujer en su diferencia de pensar, de sentir, de actuar. La cultura necesita la presencia de la mujer en el gobierno, en la economía en el régimen de la ciudad. La cultura como cultivo comienza por la persona y se extiende a la sociedad, a la totalidad de la esfera de lo humano. La crisis cultural que padecemos, se debe a la ausencia de valores, a la falta de personas forjadas en la ascética de la conquista de las virtudes. Las nuevas generaciones deben ser objeto de mucho cuidado. El gran problema de nuestro tiempo es el de la educación o *paideia* de la libertad.

CONCLUSIÓN

Podemos cerrar el discurso en torno al tema de la mujer frente al varón. Hemos presentado el hecho emergente, signo de los tiempos, de la presencia de la mujer en la vida y en la cultura actual, con el clamor de la protesta por la situación y la utopía de la liberación. Hay un consenso universal que apoya esta novedad histórica y reconoce que no se puede tener más tiempo esa discriminación que ha durado siglos. Se abre una nueva etapa en la historia humana por la presencia activa de la mujer, desde su diferencia. La conciencia actual coincide en la denuncia de toda opresión y marginación. Pero ya no coincide en los caminos de la utopía liberadora del futuro. Hay programas feministas de todos los colores, la mayor parte cargados de ideologías. En vistas a la promoción de un feminismo integral y coherente hemos prestado atención a la dimensión ontológica del feminismo y hemos buscado en el hecho de la diferencia, la raíz del ser femenino. La hemos encontrado entres niveles: el de la persona, el de la naturaleza, y el de la cultura. La mujer debe afirmarse en su ser personal en sus derechos como persona y en el desarrollo de sus dotes naturales, en su diferencia, y desde ella examinar las realizaciones culturales. La mujer no sólo debe ser muy feminista, sino que debe llevar a la plenitud su condición de mujer, situándose en su puesto frente al varón, cara a cara con él. El problema de la mujer es ante todo un problema del ser y de la comprensión del ser en los diversos niveles. Los feminismos tienden a considerar el de la cultura, que es el más plástico y ambiguo, olvidando el fundante de la persona. Es preciso rescatarlos en los programas del feminismo del futuro.

Una segunda conclusión se impone: la aportación decisiva de Tomás de Aquino a la solución del problema de la diferencia de la mujer. La orientación del problema de la diferencia, cual la hemos presentado tiene un sello tomista. He aquí la paradoja. Tomás de Aquino ha sido acusado reiteradamente de haber postergado a la mujer. Esa acusación se ha apoyado en algunas expresiones, que se encuentran en su obra y son lugares comunes de la cultura medieval en torno a la mujer. Se trata de dimensiones culturales y de interpretación de los datos de la experiencia. En cambio se ha silenciado, por desconocimiento, este filón serio del humanismo tomista y de la auténtica realidad

humana, vista desde la persona y la naturaleza, o desde la mujer vista como imago Dei⁸⁸. Es hora de ponerlo de relieve. La verdad es que las aportaciones de Tomás de Aquino al feminismo serio, desde las bases de una antropología cristiana, son de mucho más calidad que las de Simone de Beauvoir cuyos grandes méritos al plantear el problema de la mujer deben ser reconocidos, pero también hay que reconocer sus grandes limitaciones en la solución, muy parcial, errante por los senderos perdidos del existencialismo y del laberinto de la materia. Suum cuique!

Roma. Universidad de Santo Tomás.

⁸⁸ Una aportación a esta contribución tomista en orden de un "feminismo integral" se encuentra en la reciente obra de J. F. HARTEL, *Femina ut imago Dei in the integral feminism of St. Thomas Aquinas*, Roma, 1993.